

ROBLES MUÑOZ, Cristóbal: *La política exterior de España. Volumen I: Una política mediterránea, occidental y de paz (1899-1905). Volumen II: Junto a las naciones occidentales (1905-1914)*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 2006, 784 pp.

El problema marroquí constituyó el eje de la política exterior española a partir de 1898, y se convirtió así en el catalizador de los problemas políticos y sociales que se arrastran durante el período de profunda crisis estructural interior que fue el reinado de Alfonso XIII. Las guerras del Rif consumieron los recursos materiales y humanos del país y se convirtieron en una «pesadilla» que exacerbó todos los demás conflictos larvados durante la etapa restauracionista y aun antes, desde los inicios de la revolución burguesa española. De ahí el interés de este estudio, que aborda un tema central en la política y la vida hispana de aquellos años. Al reconstruir minuciosamente las circunstancias de la inserción de España en la cuestión marroquí, Robles se centra fundamentalmente en el aspecto internacional del tema, a través de una detallada recomposición del proceso que condujo al país el conflicto rifeño. Ello le lleva a desmontar algunas versiones comúnmente aceptadas. Y ello tras una exhaustiva investigación en fuentes diplomáticas españolas, francesas, italianas y en menor medida, británicas. Perspectiva multilateral que lleva al autor a encajar el problema marroquí en el ámbito general del Mediterráneo, con el complicado entramado de relaciones entre las diversas potencias que tienen allí intereses.

Podemos destacar, en lo tocante a los contenidos de este trabajo, dos aspectos capitales:

a) La recuperación de la visión plural y sumamente compleja del proceso histórico, no eludiendo el autor el volver sobre las cuestiones más controvertidas y discutidas entre los historiadores especialistas en esa etapa de la política exterior española; en ese sentido, el análisis y la discusión en torno a la vasta documentación manejada, pero también el diálogo sereno con aquellos autores con tesis confrontadas a las de Robles le permiten al autor concluir que las circunstancias internacionales en la Europa de antes de la Primera Guerra Mundial fueron más que erráticas, sumamente cambiantes y que las opciones a seguir por la diplomacias hispana, francesa o alemana en el período 1900-1914 eran muy variadas. En todo caso, y en su afán por ser sumamente minucioso, Robles no ha obviado en ningún momento la regla de proceder siempre de lo particular a lo general. Moviéndose como un filósofo nominalista de finales de la Edad Media, al igual que Guillermo de Baskerville, el autor ha procedido con un método rigurosamente científico: inductivo y empírico, desglosando la materia a tratar en multitud de apartados y llegando –tras la indagación y reflexión sobre centenares de documentos inéditos– a conclusiones generalizantes. Sin embargo, la madurez del trabajo viene certificada por la creencia del autor, lejos de pretender el presentar una investigación totalmente cerrada, en torno a que las mejores lecciones que puede sacar el lector son las que no le sacan completamente de dudas y le abren un horizonte de nuevas preguntas e inquietudes.

b) Ahora bien, la explicación asumida por Robles apuesta por el proceso histórico visto como globalidad, o dicho de otro modo, el articular la Historia de las Relaciones internacionales con el análisis de los factores económicos, de las formas de poder y de resistencia al poder político organizado, la política interior de los países involucrados en la cuestión marroquí, la opinión pública, las ideologías y las expresiones culturales en la historia social. Ahora bien, el autor no ha tratado simplemente de dar una explicación solapada de cada aspecto, sino de presentar cada uno íntimamente trabado con los demás.

El marco donde se inicia el estudio es el de una Europa donde se han disuelto ya los sistemas de Bismarck, cuyo objetivo principal era aislar diplomáticamente a Francia y evitar una posible alianza de esta con Rusia. Mientras en el interior de los países los acontecimientos cambian de forma rápida, esbozándose las diferencias que caracterizarán a los países democráticos del Occidente europeo y los más conservadores del centro y Este de Europa, y en el ámbito internacional las potencias se mueven en alianzas y contraalianzas –Dúplice francorusa y Triple Alianza–, la situación de España es dramática. Reducida, tras la pérdida de sus colonias ultramarinas, a un humillante papel de potencia de tercer orden, de «cantidad negligable», inmersa en sus graves problemas interiores, la cuestión marroquí es el único marco en que España puede aspirar a hacer oír su voz y a representar un papel en el concierto internacional, si excluimos la retórica del hispanoamericanismo.

Desde el siglo XV, la política internacional de la monarquía hispánica había estado basada en la integración –realizada tras la compleja articulación con los Estados de Borgoña, de la Corona de Aragón con Alfonso el Magnánimo y su inclusión en la Orden del Toisón de Oro– en lo que historiadores como Vicens Vives, Calmet y más recientemente Eduard Mira han llamado la «Gran Alianza Occidental», una alianza internacional que constituyó un cerco defensivo en torno a la potencia más rica, poblada y expansiva del continente: Francia (Eduard Mira: «La batalla de Almansa y la Guerra de siempre», en VVAA: *La batalla de Almansa, 1707*. Valencia. Generalitat Valenciana. 2007, pág. 50). La «revolución diplomática» española del siglo XVIII vino definida por un cambio en la política exterior practicada durante más de 200 años y por la unión con la Francia borbónica, a la que sucedió desde 1833, la alianza con las potencias liberales occidentales, Reino Unido y Francia. Robles resalta como desde la parte española se considera prioritario a partir de 1898, reconstituir ese acuerdo con Londres y París. Frente a las opiniones de otros autores que consideran que la no conclusión del acuerdo con la III República francesa de noviembre de 1902 de reparto de Marruecos fue un error de la diplomacia restauracionista, ya que la monarquía española hizo internacionalmente dejación de sus intereses más directos en aquello que más le importaba –una expansión en el Imperio jerifiano–, cayendo por tanto su imagen y sufriendo serios reveses en 1904, 1906 y 1911, Robles concluye que, por el contrario, a partir del acuerdo con Francia en 1904, España salió de su aislamiento, se involucró en una relación con potencias que contribuirían a que el sistema político de nuestro país siguiese el sendero constitucional y democrático (pág. 420 del segundo volumen), y además regresó al concierto internacional, entrando en él

con aplomo, identidad, método y paso firme. Consiguió –con los acuerdos de Cartagena en 1907– no sólo un espacio vital en el territorio marroquí; además vio solucionado el problema de la garantía de las fronteras y de la integridad del espacio nacional, amenazado por el ciclo de redistribución colonial.

Esta integración de España en el marco de la Entente Cordiale no se vio libre de dificultades. En primer lugar, la marcada por la primera crisis marroquí (1905-1906), resultado de la oposición del II Reich al establecimiento de un protectorado francés en el Imperio jerifiano (discurso del Kaiser Guillermo II en Tánger, el 31 de marzo de 1905, defendiendo la independencia del Sultanato y la libre concurrencia económica en él de todas las naciones). Con todo, sus verdaderos objetivos no se cifraban en Marruecos, sino en la pretensión de romper la Entente Cordiale. De manera exhaustiva Robles pasa revista a las sesiones de la Conferencia de Algeciras, señalando como Alemania, al quedarse sólo con el apoyo de la Monarquía Dual no logró trabar ni el funcionamiento de la Entente francoinglesa (pp. 12-137 del segundo volumen) ni la fidelidad de España e Italia –que se desvinculaba desde 1900 paulatinamente de la Triple Alianza– al sistema de relaciones trabado entre las potencias occidentales europeas. Para el autor, los resultados de la Conferencia de Algeciras fueron un verdadero éxito para la diplomacia restauracionista porque cerraban el paso a la pretensión que tenía la III República de gozar en exclusividad del control de Marruecos. Con todo, Francia salía también reforzada de Algeciras: la Entente Cordiale se había revelado nada veleidosa y salía revitalizada de esta primera prueba a la que le había sometido Alemania. Después de este difícil pero revelador momento, la división del continente europeo se hizo más evidente y más profunda cada año. Las conversaciones entre Inglaterra y Francia para planificar una cooperación militar en el caso de que se produjese una agresión alemana comenzarían en 1906 y al año siguiente, Inglaterra llegó a un acuerdo zanjando sus diferencias –en Afganistán, Persia y Tíbet– con Rusia, el otro aliado de Francia. Y eso a pesar de las maniobras de Guillermo II, en el verano de 1907, intentando atraer a Nicolás II del lado de la Triple Alianza.

Uno de los particulares aciertos del estudio son las reflexiones del autor en torno a las ideas colonialistas de A. Maura. A pesar de que el lector no puede interpretar el nuevo imperialismo español sobre el norte de África como un producto de cálculos racionales, tampoco es difícil entrever –en el texto de Robles– conclusiones que se asemejan similares a las de los estudios de Morales Lezcano, Julio Salom o Javier Márquez, es decir que las causas inmediatas de la acción colonial en Marruecos por parte de la diplomacia restauracionista eran estratégicas o políticas. Este tipo de aproximación le plantea al autor nuevos problemas. Problemas siempre referentes a la complejidad de la explicación histórica, la multidimensional, la interrelación de los factores, como por ejemplo: el modo en que el capitalismo o los capitalistas españoles pudieron influir en la expansión colonial, sobre el gobierno maurista a partir del período 1907-1909 (pag. 147 del segundo volumen).

Las operaciones militares francesas en Casablanca y la Chauia en 1907, para Robles evidencian el interés escrupuloso de Maura en respetar lo convenido en la Conferencia de Algeciras. Sólo le interesaba al estadista conservador mantener un hinterland defensivo para

España en la costa norte marroquí, que no conllevarse cambios importantes en el Estrecho de Gibraltar y que no abocase al país a una acción militar en Marruecos, para la que no estaba preparado. Sin embargo, la caída del Sultán Abd-al-Aziz, la proclamación del nuevo Sultán Mawlay Hafiz y la incertidumbre que ese hecho creaba, con la perspectiva de una intervención francesa a favor del Sultán derrocado, pusieron a prueba las posibilidades coloniales de España en Marruecos. Sobre todo a partir del acuerdo franco-germano de 1909 sobre el Sultanato, del que se podía interpretar que la III República aspiraba a que España renunciase a su esfera de influencia en el Imperio jerifiano. (Cfr. Bergheaud, E.: «Morir por Agadir» en VVAA: *Los grandes enigmas de la 'belle époque'*. Vol. I. Madrid. Círculo de Amigos de la Historia. 1972, pp. 226-228.) Fue pues la intervención francesa en Marruecos la que determinó la hora del reparto del Imperio, por lo que las fuerzas españolas –en consecuencia– ocuparon Larache, Arcila y Alcazarquivivir como ‘prenda’ –señala el autor– de que los intereses hispanos iban a ser respetados.

Nos encontramos con un libro notable, donde el autor no ha renunciado a plantear las cuestiones analizadas en su complejidad esencial; para ello se ha procurado no reducir las interpretaciones de los fenómenos históricos a una sola fuente o autor. Por muy solventes que éstos sean. El debate histórico, la seriedad y la contraposición de visiones son pues una constante del libro. De cualquier forma, aunque huyendo de la simplificación, siempre peligrosa cuando se tiene en cuenta la complejidad del proceso histórico, Robles ha procurado combinar el tratamiento a fondo de los problemas históricos con la mayor claridad expositiva. Que el lector acceda con los instrumentos de la razón a la comprensión de esa complejidad del proceso histórico ha sido el objetivo y el empeño de Cristóbal Robles.

Francisco Manuel Pastor Garrigues
Investigador. Valencia

RUIZ SÁNCHEZ, José-Leonardo (ed.): *Catolicismo y comunicación en la historia contemporánea*. Sevilla. Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. 2005, 199 pp.

En *Catolicismo y comunicación en la historia contemporánea* se recogen las intervenciones del ciclo de conferencias que, con el mismo título, se celebraron en la Universidad de Sevilla entre los días 14 y 22 de noviembre de 2001, y que fueron organizadas por el Seminario de Historia de la Iglesia del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad hispalense.

La obra editada por José-Leonardo Ruiz Sánchez, coordinador además de aquellas jornadas, dirige su mirada hacia la historia de la relación de la Iglesia Católica con los medios de comunicación sociales en la España Contemporánea, especialmente la histo-